

TERESA DE JESÚS (1515-2015)
Y
THOMAS MERTON (1915-2015)

A estas dos personas les une este año, y por eso estamos aquí, la celebración del Centenario de sus respectivos nacimientos; en un caso el 5º y en otro el 1º. Mera coincidencia cronológica que sería fácil aprovechar para “forzar” las coincidencias vitales de ambos, aprovechando la fama de Santa Teresa y queriendo “colar” a Thomas Merton dentro del marco de las celebraciones teresianas y tratar así de auparlo más arriba.

No será inútil este trabajo si llegamos a establecer, objetiva y honradamente, que las coincidencias entre sus apasionadas vidas responden a una andadura espiritual muy similar y que su posicionamiento humano y profético ante los hechos históricos y eclesiales que les tocó vivir guardan una estrecha similitud de propósitos que van más allá de unas meras anécdotas, similitudes en sus textos escritos y elucubraciones que pudiéramos hacer.

Teresa de Jesús y Thomas Merton han sido en estos últimos años, y especialmente en este de 2015, objeto de múltiples y extraordinarias publicaciones que no han dejado sin un estudio minucioso ninguno de los aspectos de sus vidas y obra, de modo que contamos con unas fuentes de investigación objetivas y suficientemente documentadas como para poder lanzarnos no a aventurar, sino a defender afirmaciones sobre ellos que muy bien pueden servirnos para tomar lecciones que nos estimulen y enriquezcan. No nos movemos, pues, en el terreno de lo imaginario o artificial, sino en una investigación objetiva y nada partidista de lo que pudiéramos llamar “vidas paralelas”; pero unas paralelas asintóticas, que se pierden en un infinito al que posiblemente nunca llegaremos

Rasgos a vuelapluma a modo de adelanto

Como se irá viendo a lo largo de esta exposición, existen unos rasgos similares en las personalidades de Teresa de Jesús y Thomas Merton que dan pie a similitudes y coincidencias que van más allá de lo anecdótico y que marcan sus vidas y las llevan por unos derroteros que ellos jamás

pudieron prever iban a configurar el desarrollo de su conversión a Dios y a la vida consagrada.

1. *Don de escribir y capacidad de manifestar.* Tanto Teresa de Jesús como Thomas Merton recibieron el don de la escritura y la capacidad de relatar y manifestar sus experiencias. Es también cierto que a lo largo de su vida los cultivaron con pasión y disfrutaron haciéndolo, hasta que se transformaron en ellos en una vocación más dentro de la primera y original de entregarse a Dios. En el caso de la monja carmelita y del monje cisterciense nos encontramos ante dos escritores extraordinarios, cuya maestría en el escribir y relatar va unida a un proceso vital y personal que les acompaña siempre, hasta transformarse en algo espontáneo y hasta necesario para ellos.
2. *Capacidad de introspección y sentido de la realidad.* Una y otro, llegado el momento, sienten la necesidad de escribir su *autobiografía*. En realidad, tan pronto se encuentra con Dios, Teresa corre a reunirse con sus monjas para contárselo. “Y como prueba de ello ahí está el *Libro de la vida*, que es sin duda uno de los libros más extraordinarios, inclasificables y deleitosos que se han escrito en nuestra lengua... una Sherezade celeste es lo que Santa Teresa soñaba ser”. Cuando Thomas Merton se decide a escribir *La montaña de los siete círculos* solo tiene en mente algo muy claro: el libro es “un himno de fe positiva cantado en medio de una tormenta de un mundo sin sentido que busca sentido a las cosas, un libro que puede ser leído por hombres de cualquier creencia o por los que no tengan ninguna”. Las dos autobiografías son obras apasionadas.
3. *La contemplación se desborda en compasión por el mundo.* Ambos son contemplativos “institucionalmente”, aunque pertenecen a dos órdenes religiosos cuyo programa contemplativo es diferente en metodología espiritual y prácticas ascéticas diarias. Ambos descubren y reconocen, tras un doloroso proceso de búsqueda y conversión, su vocación al silencio, a la oración continua, a la contemplación. Teresa encuentra todo eso “en el seno de la Iglesia” (no puede vivir sin sentirse dentro del misterio de la comunión de los santos), y Thomas Merton halla su “revelación” y epifanía vocacional en la esquina de la calle Cuarta con Walnut. Ambos viven sobrecogidos por el misterio de ser hombres e hijos de Dios.

4. *La búsqueda espiritual y el desarrollo místico requiere etapas*. Para Thomas Merton el itinerario espiritual y su trabajo se centra en la “búsqueda del verdadero yo” en Dios. Para Teresa en la búsqueda “de la morada interior donde el yo vive con Dios”.

1. LA PASIÓN POR LA PROPIA VIDA COMO GRACIA

Tanto la narración de la vida de una y otro, según nos parece, tienen un propósito. Teresa escribe su vida, primera redacción en Toledo, a los 47 años (1562) y la segunda, manuscrito de El Escorial, en 1565 a los 50 años. Merton tiene listo su manuscrito, y es aprobado, en 1946, cuando contaba con 31 años de edad. A los dos les quedaban varios años y mucho camino espiritual que recorrer hasta la hora de su muerte. Ninguno de los dos escribe su autobiografía al final de su vida.

¿Es que ambos consideran que han vivido lo suficiente para ofrecer un testimonio de la obra que, hasta ese momento, Dios ha hecho en ellos? ¿O pensaron, más bien, en ofrecer una experiencia íntima y especial sobre un itinerario místico del que eran muy conscientes y sabían podría ayudar a otras personas a entender su propia vida y unirse a ellos en los caminos de la búsqueda del verdadero yo y del Dios de las misericordias?

La conversión de Thomas Merton, contada en *La montaña de los siete círculos*, es un descubrimiento de la fe; su vida es una historia de fe vivida; y sus escritos son una exploración de la realidad de la fe y su significado en el siglo XX. Su idea de esta virtud teologal está basada en su experiencia e interpretación de la contemplación: es una visión contemplativa de la fe. Escribir sobre la contemplación le proporcionó un contexto para escribir sobre la fe. Merton presenta la fe como “La aceptación de Dios, lo cual es el clima de toda vida espiritual”, lo que da “una dimensión de simplicidad y *profundidad* a todas nuestras percepciones y a todas nuestras experiencias”¹. En ella descubrimos “nuestro yo desconocido y no descubierto” (137). En otras palabras, en la fe descubrimos nuestro verdadero yo.

El *Libro de la vida* es el primer gran escrito de Teresa. Es también el más denso. El más rico en datos autobiográficos. Por ello se le conoce como la “autobiografía” -de la Santa. Indispensable para conocer su vida

¹ Thomas Merton, *La montaña de los siete círculos*, p. 128 [MSC, a partir de ahora], Edhasa, Barcelona 2010, ISBN: 978-84-350-0981-1-2. info@edhasa.es

mística y el comienzo de su actividad fundadora². En su obra Teresa pone de manifiesto la intención didáctica o teológica de su narración. Contará su historia pero como historia de salvación y lo hará en una extensa “relación” que será a la vez verdadera teología narrativa.

En uno y otra parece que lo que pretenden es narrar los hechos históricos concernientes a ellos mismos; pero hay mucho más en esos dos relatos. Ambos escritos son dos monumentos literarios y espirituales de la tradición cristiana. Teresa y Merton testifican con fuerza y nitidez la presencia de Dios en sus vidas. Afirmar esta presencia amorosa es la razón suprema de los dos libros. Escriben para informar al lector –creyente o no– de que Dios se ha hecho inequívocamente presente en sus vidas:

Muchas veces he pensado, espantada de la gran bondad de Dios, y regalándose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia. Se bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno... (*L. de la Vida*, 4, 10)³.

La misma Teresa, hacia el fin de su vida, escribe: “Intitulé este libro «de las misericordias de Dios»” (Cta 415, 1 de 1881).

En una meditación del Miércoles de Ceniza, escrita en 1958, Merton afirma que el Dios de ese día es “como un tranquilo mar de misericordia”. Dios “‘esconde’ nuestros pecados... cual madre que arregla rápida y eficientemente el rostro sucio de su hijo poco antes de entrar en una casa donde debiera estar limpio... Dios se nos muestra en todas partes como lleno de misericordia — *multum misericors*”⁴.

Thomas Merton era un hombre que se sabía pecador. Al final de de su obra *El signo de Jonás*⁵, se oye la voz de Dios en el paraíso:

... Siempre he cubierto a Jonás con mi sombra de misericordia y no conozco la crueldad. ¿Te has fijado en mí, Jonás, hijo mío? ¡Misericordia en la misericordia, dentro de la misericordia! (*El Signo de Jonás*, 362).

1. 1. Infancias marcadas por la experiencia de orfandad

² Tomás Álvarez, en Diccionario de Santa Teresa, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2002, entra “Vida, Libro de la”, p. 847.

³ Citamos siempre por Santa Teresa. Obras completas, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1994-7ª, edición preparada por Tomás Álvarez.

⁴ Thomas Merton, Tiempos de celebración, Ed. Pomaire, Barcelona 1966, p. 122.

⁵ Thomas Merton, El Signo de Jonás (Diarios 1946-1952), Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 2012, p. 122.

Tanto en la vida de Teresa de Jesús como en Thomas Merton la infancia viene marcada por una profunda experiencia: la orfandad, que cada uno vive de modo diferente, pero que tiene profundas implicaciones en su experiencia posterior.

La infancia de Thomas Merton es “desangelada”, sufre de forma extraña la muerte de su madre a los seis años -esta se despide de él con una nota-; luego, a los dieciséis viene la experiencia traumática de la muerte del padre:

... Un día mi padre me dio a leer una nota. Era personalmente para mí y la letra era de mi madre. No pienso que ella me hubiese escrito antes, nunca hubo ocasión. Entonces comprendí lo que pasaba... Mi madre me informaba por correo que estaba a punto de morir y que nunca me volvería a ver.

Me llevé la nota bajo el arco del patio de atrás, la leí y releí hasta que pude desentrañar su cabal sentido. Y un tremendo peso de tristeza y desaliento cayó sobre mí... ¿Oración? No, la oración no se me ocurrió. ¡Qué fantástico parecerá a un católico... que un niño de seis años descubriera que su madre estaba muriendo y no supiera bastante para rezar por ella! No fue hasta que me hice católico, veinte años más tarde, que se me ocurrió finalmente orar por mi madre (*MSC*, p. 21).

... Le dije: - "¿Cómo estás, padre?"

Me miró y alargó la mano, en forma imprecisa y desalentada y me di cuenta de que ya ni siquiera podía hablar... La tristeza de su gran desamparo cayó súbitamente sobre mí como una montaña. Me sentí aplastado. Las lágrimas brotaron de mis ojos. Nadie dijo nada más... ¿Qué podía inferir yo de tanto sufrimiento? No había manera para mí, ni para ninguno más de la familia, de evitarlo. Era una herida viva para la que no había adecuado alivio. Había que soportarlo como un animal (*MSC*, p. 91-92).

Teresa pierde a su madre cuando tenía poco menos de doce años:

... Acuérdomme que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que yo había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he allado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella y, en fin, me ha tomado a sí... (V 1-7-8).

Ambos experimentan la tristeza y el dolor, la orfandad, sienten necesidad de protección. Y la encuentran en la Virgen María. Una en la

imagen de la Virgen de la Caridad, en la iglesia de san Lázaro; Merton ante la imagen de la Caridad del Cobre, en Cuba:

... Cuando hubimos cruzado la sierra divisoria y bajábamos por los verdes valles hacia el mar Caribe, vi la basílica amarilla de Nuestra Señora de Cobre...
-¡Ahí estás, Caridad del Cobre! Es a ti a quien he venido a ver; tú pedirás a Cristo que me haga su sacerdote y yo te daré mi corazón, Señora; si quieres alcanzarme este sacerdocio, yo te recordaré en mi primera misa de tal modo que la misa será para ti y ofrecida a través de tus manos, en gratitud a la Santa Trinidad, que se ha servido de tu amor para ganarme esta gran gracia... (MSC, p. 303).

Merton tenía entonces 24 años. Había recuperado su infancia, y lo manifestó con un poema: “El primer poema verdadero que jamás había escrito...”.

1. 2. Dones naturales: fantasías, devaneos y amistades peligrosas

La adolescencia de los dos huérfanos no fue fácil; pero ambos la recuerdan y reconocen como épocas en las que se alejaron de la infancia con deseos de libertad y de experimentar cosas nuevas. Teresa se queja de haberse apartado de sus buenos deseos, de los dones recibidos:

... Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé... Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque, con serlo tanto mi madre como he dicho, de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho... (*L. de la Vida*, 2.1).

Ya sabemos lo que pasó por las malas influencias, la ligereza, su natural curiosidad, el deseo de agradar a todos... nada grave; pero sí preocupante para su padre. Teresa tuvo el primer encuentro con la vida religiosa en el monasterio de Gracia, de las agustinas, cercano a su casa natal: “... y comenzó mi alma a tornarse a acostumar en el bien de mi primera edad y a la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos” (V 1,2). Así y todo “Teresa era enemiguísima de ser monja...”

Santa Teresa recuerda la severidad de su madre en el vestir, y que era muy bella. Merton tiene la misma experiencia (y, además, las fotos lo

demuestran claramente). Su madre le educó para ser único, especial y agnóstico, independiente y autosuficiente:

... Si lo que la mayoría de la gente da por sentado fuera realmente verdadero..., si todo lo que se necesitase para ser feliz fuese apoderarse de todo y verlo todo e investigar todas las experiencias y entonces hablar de ello, yo habría sido una persona muy feliz, un millonario espiritual, desde la cuna hasta ahora. Si la felicidad fuera simplemente cuestión de dones naturales, nunca habría ingresado en un monasterio trapense cuando llegué a la edad de hombre... (MSC, p. 11).

Mi madre era norteamericana. He visto un retrato suyo que representa una diminuta persona algo ligera, delgada y sobria, con un rostro serio, algo ansioso y muy sensitivo. Y esto corresponde a mi recuerdo de ella -inquieta, escrupulosa, vivaz, preocupada por mí, su hijo... Si este libro no prueba nada más, mostrará ciertamente que no fui el hijo soñado de nadie. He visto un diario que mi madre escribía, durante mi infancia y primera niñez, y refleja asombro ante el desarrollo obstinado y al parecer espontáneo de aspectos completamente imprevisibles en mi carácter, cosas con las que nunca ella había contado.... Las iglesias y la religión formal eran cosas a las que mi madre no daba demasiada importancia en la educación de un hijo moderno, y mi creencia es que ella pensaba que, si yo era abandonado a mí mismo, llegaría a ser una especie de deísta simpático y tranquilo y nunca sería pervertido por la superstición... (MSC, p. 12)... Mi madre quería que yo fuese independiente y que no corriera con el rebaño. Tenía que ser original, individual, poseer carácter e ideales propios. No debía ser un artículo fabricado, según el común patrón burgués, según el tipo general de los demás... (pp. 17-18).

Teresa pasó sus buenos y malos momentos en el monasterio de Gracia; su alma fue sanando poco a poco, aunque su cuerpo enfermara; y también, tras su salida, hizo su propio itinerario espiritual.

Tras la muerte de su padre, Merton, empieza una etapa nueva en su vida. Una etapa, descendente hacia el infierno, que durará mucho:

... La muerte de mi padre me dejó triste y deprimido durante un par de meses. Pero eso finalmente pasó. Cuando así fue, me encontré completamente libre de todo lo que impedía el movimiento de mi voluntad para obrar a su antojo. Imaginé que era libre. Fueron necesarios cinco o seis años para descubrir en qué cautiverio había entrado. En este año, también, la dura corteza de mi alma seca expulsó los últimos vestigios de religiosidad que alguna vez había albergado. No había lugar para ningún Dios en aquel templo vacío, lleno de polvo y basura, que entonces era tan celoso en guardar contra todos los intrusos,

a fin de dedicarlo a la veneración de mi propia y estúpida voluntad (*MSC*, p. 95).

2. CAMBIO DE RUMBO Y BUENAS AMISTADES

Todos los caminos tienen algún cruce, los geográficos y los de las vidas de las personas. Teresa de Jesús y Merton son, posiblemente, dos casos muy especiales en la hagiografía mística (en cuanto los consideramos autores místicos) por lo que se refiere a sus amigos y a lo que pensaban de la amistad, es decir a sus compañeros de viaje, elegidos o que les salieron al encuentro. Los amigos y las amistades influyeron grandemente en su vida, desde el proceso de conversión inicial hasta el final de sus vidas. Gracias a muchos amigos encontraron apoyo, orientación, ayuda espiritual y contraste de pareceres ante sus decisiones más personales.

Para estos dos autores, cuya pasión era Dios y descubrir su yo, su camino personal, su papel en la vida a través de la entrega a un *ocio* de contemplación, de oración y soledad, no deja de ser extraño que se vean envueltos en una existencia apasionada de amistades y relaciones con personas de trayectoria muy diferente a la suya, pero con las que llegan a unos profundísimos niveles de comunión.

2. 1. Amigos y amistad en Teresa de Jesús

Sorprende en una mujer de los tiempos de Teresa ver al alto concepto que ella tenía de la amistad humana⁶. Teresa enseña desde su primer libro que los amigos son un gran bien, que carecer de ellos es «gran mal», y que en la vida espiritual «es cosa importantísima» tenerlos, para compartir con ellos ideales y para ayudarse unos a otros» (V 7, 20). En la vida de Teresa, el coro de amigos es un hecho singular, casi excepcional y muy importante para conocer la psicología de la Santa, su humanismo, su espiritualidad.

Tuvo grandes amistades antes de su conversión y también hizo experiencia de diversos tipos de amistad, lamentándose de algunas de ellas: dos primas “de trato oscuro”. Unas fueron ocasionales: con María Briceño y el cura de Becedas; pero por encima de todo, la amistad sincera con su propio padre. En la Encarnación aparecen nuevas amistades⁷ (grupo de Juana Juárez y los “cinco” amigos”: Guiomar de Ulloa, Pedro Ibáñez, P.

⁶ L. Borriello, Amore, amicizia e Dio in S. Teresa, en «Teresianum» 33 (1982), 282-330; J. Baudry, L'amitié chez Thérèse d'A., en «Carmel» 1970, 65-73.

⁷ Dice Teresa: “Los cinco que al presente nos amamos en Cristo” (V 16, 7).

García de Toledo, Gaspar Daza y Francisco Salcedo. En la fundación de San José tuvo amigas con un signo nuevo: amistades intensas dentro de la comunidad religiosa, en la orden carmelitana (María de San José (Salazar), su sobrina María Bautista, Ana de Jesús (Lobera) Isabel de Santo Domingo, Catalina de Cristo, Ana de San Bartolomé, Leonor de la Misericordia... Con distinguidos, sabios y santos eclesiásticos (Álvaro de Mendoza, Juan Bautista Rubeo, Teutonio de Bragança, Alonso Velázquez, Domingo Báñez, Baltasar Álvarez, Diego de Yepes, Pedro de Castro y Nero, Jerónimo Reinoso, Pedro Ibáñez, dominico y confesor de Santa Tresa en el monasterio de Santo Tomas, donde se conserva el confesonario y sobre él una inscripción de la visión que tuvo Santa Teresa en ese lugar, por la parte que da al claustro del Silencio (V 38, 13). No faltaron las grandes damas de la época (Guiomar de Ulloa, Luisa de la Cerda, Juana Dantisco, Catalina de Tolosa, María de Mendoza, Ana Enríquez, Duquesa de Alba...), ni sus amigos espirituales intimísimos, Pedro de Alcántara, Juan de la Cruz, Jerónimo Gracián; sus amigos entrañables del Carmelo. Finalmente, muchos destinatarios particulares de sus cartas a quienes abre su alma y les ofrece entrar en la suya.

La experiencia personal de la amistad en Teresa llega a desbordar sus conceptos meramente humanos, descriptivos de la amistad y sus emociones, para convertirse en una de las piezas maestras de su ideario espiritual. Su idea fundamental de Dios es la de un Dios-amigo. Lo mismo que Jesucristo: «Qué buen amigo» (V 8, 6), «es amigo verdadero» (V 22, 6). Su amistad con Cristo no solo la libera de las amistades dispersivas, mediatizadas y alienantes, sino que unificando y encauzando su afectividad, la capacita para abrirse en lo sucesivo a nuevas amistades humanas sumamente realistas, profundas, numerosas.

2. 2. Amigos y amistades en Thomas Merton

En *Conjeturas de un espectador culpable*, una de las obras más reflexivas de Merton se lee el pasaje siguiente:

Las demandas de la Ley de Amor son progresivas. Empezamos por amar la vida misma, por amar la supervivencia a toda costa. Pero la demanda más importante de la Ley de Amor es que amemos *libremente*. Se nos manda elegir nuestro objeto de amor, y no sencillamente amar cualquier objeto que nos pongan delante... Nuestra elección se sujeta a ciertas posibilidades definidas. Pero, sin embargo, podemos y debemos elegir amar a los hombres que

encontramos de hecho, sea como amigos o como hombres amados a pesar de su hostilidad⁸.

De hecho parece ser que esta fue la conducta que Merton “elaboró” a lo largo de su vida sobre la amistad, y le llevó a una conclusión realmente sorprendente, que explica su vida de relaciones con personas de toda índole, personas que le acompañaban en su búsqueda espiritual y le ayudaron a encontrar también lo que él más deseaba:

Si el fundamento más profundo de mi ser es el amor, entonces en ese mismo amor, y en ningún otro lugar me encontraré a mí mismo y al mundo, a mi hermano y a Cristo...No es cuestión de “*exclusivismos y pureza*”, sino de integridad, buen corazón, que encuentra el mismo fundamento de amor en todo”.⁹

Merton, sin haber escrito específicamente sobre la amistad ni haber dedicado a este tema algún capítulo de sus libros, fundamenta en este párrafo lo que en él había de capacidad para la amistad, por una parte desde el punto de vista espiritual; y, por otra, desde el punto de vista de buscador de la verdad. Por eso se sirvió de esa capacidad innata y elaborada para ponerse en contacto con un enorme número de personas con las que, en la mayoría de los casos, llegó a una profunda amistad.

Por lo que se refiere a su biografía personal, Merton tuvo muchas clases de amigos: desde los de sus padres, hasta los niños con los que jugó en su infancia, los del colegio de Saint-Antonin, los del instituto de Oakham, la Universidad de Cambridge, New York y los de la Universidad de Columbia. Para cada grupo de estos tiene palabras de alabanza o rechazo, según el bien o el mal que parece ser le hicieron (o creyó le hicieron). Desde niño vivió rodeado de personas de distinto sexo; pero no descubrió la auténtica amistad hasta llegar a Columbia:

Ahora hablaré de la parte real que Columbia parece haber sido destinada a desempeñar en mi vida dentro de los designios providenciales de Dios... Esta fábrica-colegio era la que el Espíritu Santo esperaba para mostrarme la luz, en Su propia luz. Y uno de los principales medios que usó Él y por medio de los cuales operó, fue la amistad humana... Por eso ahora es el momento de decir una cosa que no pude comprender entonces, pero que ha llegado a ser muy clara para mí: que Dios me trajo a mí y a una media docena de otros

⁸ THOMAS MERTON, *Conjeturas de un espectador culpable*, Ed. Sal Terrae, Santander 2011, p.101.

⁹ THOMAS MERTON, *Acción y contemplación, “La integración final”*, Ed. Kairós, Barcelona 1982, p. 137.

juntamente a Columbia, y nos hizo amigos, de manera que nuestra amistad obrara poderosamente para rescatarnos de la confusión y la miseria en que habíamos venido a encontrarnos, en parte por culpa nuestra y en parte por una serie compleja de circunstancias que podrían agruparse bajo el título del "mundo moderno", "sociedad moderna"¹⁰.

A partir de ahí Merton comenzó a aprender una nueva teoría de la amistad, se ejercitaría en ella y desarrollaría los conocimientos adquiridos en relación duradera y fiel con esos amigos de Columbia, con los que estos le iban proporcionando, con los que surgieron con motivo de sus actividades literarias... Estas amistades le acompañaron hasta su ingreso en el monasterio, participaron en el desarrollo de su vida monástica y hasta le orientaron en momentos de crisis¹¹.

Siendo ya monje Merton estaba maduro para la amistad. Y a lo largo de su vida siguió encontrando buenos amigos en su comunidad monástica, con otros monjes de órdenes diferentes, con escritores, con niños, con el Papa Juan XXIII, con muchos hombres y mujeres que se cruzaron en su vida. A todos ellos Merton aplicaba lo que un día dijo de los santos:

Se hacen nuestros amigos, participan de nuestra amistad, la corresponden y nos dan inequívocas muestras de su amor por nosotros mediante las gracias que recibimos a través de ellos. Así, ahora que tenía esta gran amiga nueva en el cielo, era inevitable que la amistad empezara a tener su influencia en mi vida¹².

2. 3. ¿Cómo entienden los místicos la amistad?

Merton conocía bien su propia tradición monástica. Sabía que un cisterciense del siglo XII, un gran abad inglés, venerado como santo, Elredo de Rieval, gran espiritual y espíritu delicado, había dedicado un tratado espiritual a la amistad, un diálogo.. Santa Teresa hubiera participado con gusto en el diálogo del abad de Rieval con sus dos discípulos, y habría aportado ideas interesantes.

Si algo caracteriza a Teresa de Jesús con relación a la amistad es su capacidad de ganárselas, su constancia y fidelidad en mantenerlas y su generosidad y exquisitez en cultivarlas.

Los místicos, en contra de lo que se pueda creer, quieren llevar «la Eternidad al Tiempo», «lo invisible a su expresión concreta»; «ser para la

¹⁰ *La montaña...* p. 212.

¹¹ Casi todos ellos le acompañaron el día de su bautismo, 16 de noviembre de 1938.

¹² *La montaña...* p. 223,

Bondad Eterna lo que su mano es para un hombre: amistad», estos son los deseos sencillamente expresados de todos los grandes místicos. Todos ellos exigen una acción seria y deliberada, la inserción de la voluntad ardiente y purificada en el mundo de las cosas. Los místicos son artistas, y la materia con la que trabajan es casi siempre la vida humana. Quieren corregir la desarmonía entre lo actual y lo real, y dado que, en el fuego candente de esa fe, esperanza y caridad que arde en ellos, discernen que tal reconciliación es posible, son capaces de trabajar por ello con una unidad de propósito y un optimismo invencible que a otros se les niega. Este fue el instinto que llevó, por ejemplo, a Teresa de Lisieux a solidarizarse con sus amigos misioneros. A Etty Hillesum a descubrir la amistad de Dios entre los hombres en los horrores de un campo de concentración nazi.

Las cartas son fuentes importantes para conocer a una persona y también la época que vivió. “La verdadera vida de una persona”, decía John Henry Newman, “se encuentra en sus cartas”. Leyendo cartas, uno conoce a las personas en su plena humanidad; descubren deseos y ambiciones secretos. A menudo revelan miedos, imperfecciones, faltas e inquietudes. Las cartas de Merton (al igual que sus diarios) fueron la única porción de sus escritos que no tuvo que enviar a los censores de la orden; por lo tanto, podía ser él mismo sin inhibiciones. Podía ser profundo, radical en su pensamiento, ocurrente y a veces desternillante.

Virginia Woolf llama a la escritura epistolar “el arte humano que debe su origen al amor de los amigos”, una perspectiva interesante, aunque, por supuesto, no todas las cartas entran en esa categoría. En general, la mayoría de las cartas de Merton y de Teresa sí encajan en la definición de Woolf: brotan de la amistad y, de hecho, son un medio para sostenerla. Esto es especialmente cierto en el caso de muchos contemplativos, porque no disponen de todos los medios que tiene la gente de fuera del monasterio para entablar y conservar relaciones amistosas.

3. EL LEGADO MÍSTICO DE TERESA DE JESÚS Y THOMAS MERTON

¿Qué nexos pueden unir a una hermana carmelita del siglo XVI con un monje trapense que vivió cuatro siglos después?

Es muy fácil decir, porque ya ha sido expresado por voces muy autorizadas, que ambos se insertan en una tradición de Mística Nupcial –

aquella cuyo tema central es el del amor que se introduce en el corazón mismo de la divinidad- en la que tanto Teresa como también Juan de la Cruz son las cimas, y Merton una actualización en el siglo XX.

3. 1. La fuerza y la centralidad del amor

La fuerza y la centralidad del amor en la experiencia contemplativa como la principal aproximación entre ambos. Teresa señalará los dos imperativos fundamentales de la unión mística: el amor a Dios y al prójimo. Para ella, la unión con el Misterio supremo estará garantizada cuando estos dos amores sean vividos con cariño y delicadeza. Para santa Teresa el amor al prójimo nunca florecerá perfectamente si no brota del amor de Dios. Del mismo modo Merton defendía que la vida en el amor constituye el ápice de su itinerario espiritual y contemplativo. En ese camino espiritual la oración ocupa un lugar central, en cuanto momento especial y garantizado para el ordenamiento de la casa interior, para la unificación de la vida, apunta Merton, llamando la atención sobre la relación fundamental entre la interioridad y la acción. El verdadero encuentro con Dios o con el Misterio no aísla al sujeto del mundo y del tiempo:

Falsificar nuestra verdad interior, so pretexto de entrar en unión con Dios, sería la más trágica infidelidad, primero a nosotros mismos, a la vida, a la realidad misma, y, por supuesto, a Dios. Tales fabricaciones terminan en la dislocación de toda existencia moral e intelectual de la persona”.¹³

Por lo común, tal encuentro, sobreviene en un momento de concentración espiritual, de quietud, de soledad, explica. Pero tal sensación es siempre fruto del instante, puntual, y “esa experiencia interior conserva el secreto esencial de una reanudación de la experiencia en el mundo, acentuada por la mirada singular de quien vivió una experiencia radical de humildad y despojamiento.

Tampoco hay que olvidar la corporalidad en la obra de Teresa de Jesús y sobre los modos en que esta entra con fuerza en la dinámica amorosa con el Misterio siempre mayor.

Teresa volvía siempre a esa idea de la receptividad del Misterio a través del soporte humano: “Se ha de buscar el Criador por las criaturas” (V 22, 8). No sin razón su inmensa pasión por la “sagrada humanidad” de

¹³ THOMAS MERTON, *La oración contemplativa*, Ed. PPC, Colección Sauce, Madrid 1996, p. 115.

Jesús. En verdad no hay modo de excluir el cuerpo de la experiencia espiritual: cuerpo y espíritu oran simultáneamente.

Merton conocía muy bien los caminos que había seguido la mística cristiana occidental. Por un lado, una tradición que privilegió más el camino especulativo, del conocimiento. Su itinerario bebe del encuentro dinámico entre cristianismo y platonismo. Por otra parte, estaba la llamada "mística nupcial", que florece en el cristianismo -desde Orígenes- con la interpretación alegórica del Cantar de los Cantares. Esta corriente atraviesa la mística medieval, con la importante presencia de Bernardo de Claraval y la mística cisterciense, y alcanza su punto culminante, en riqueza simbólica y doctrinal, con san Juan de la Cruz y Teresa de Ávila. Pero podemos añadir ahí también la experiencia cisterciense de Thomas Merton.

En sus *Moradas* Teresa señalará los dos imperativos fundamentales de la unión mística: el amor a Dios y el amor al prójimo. Para ella, la unión con el Misterio supremo estará garantizada cuando estos dos amores sean vividos con plenitud y equilibrio. Decía: “Cuanto más adelantadas estuviereis en el amor al prójimo, tanto más lo estaréis en el amor a Dios”. Y después añade que “el amor al prójimo nunca brotará perfectamente en nosotros si no surge de la raíz del amor de Dios”. Igualmente Merton decía que la vida en el amor constituye el ápice de su itinerario espiritual y contemplativo. Afirmó en una de sus obras, *La vida silenciosa*¹⁴, que el camino espiritual de la vida monástica implica la encarnación en el tiempo, en la alegría, los dolores, los peligros y las luchas que marcan la dinámica de la creación. Y es justamente por estar “absortos en Dios” por lo que los santos se volvían con todo su ser, empeño y vitalidad para ver, amar y apreciar las cosas creadas.

El gran legado de Teresa y de Merton es una llamada al mundo interior, al desapego, a la desaceleración, de manera que se afinen los sentidos para poder captar el canto de la creación. En una entrada de su diario, en octubre de 1965, Merton decía: “No vengo a la soledad para 'alcanzar las cimas de la contemplación', sino para descubrir penosamente, para mí mismo y para mis hermanos, la verdadera dimensión escatológica de nuestra llamada”. La soledad para él siempre debía ser sonora; con disponibilidad para abarcarlo todo, ella es simplemente “la plenitud de un amor que no rechaza nada ni a nadie, que está abierto a todo en todo” (entrada de su diario, 14 de abril de 1966).

¹⁴ Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 2009.

Merton se vio desafiado a vivir su experiencia monacal en radical apertura al mundo de la diferencia. Y lo curioso en todo ello es que a medida que avanzaba en su unificación interior, en la vía meditativa, más ampliaba su apertura a universos nuevos, y en particular al budismo. El diálogo y la apertura a esta tradición fue uno de los principales intereses intelectuales y espirituales de Merton, que fue ganando terreno en su vida y culminó en su peregrinación asiática de 1968. En contacto con los monjes asiáticos puede percibir la riqueza de la vida contemplativa más allá de la circunscripción cristiana. “Son especialistas en meditación y contemplación. Esto es lo que más me llama la atención. Es de incalculable valor el mantener un contacto directo con personas que han dedicado realmente una gran parte de su vida al duro trabajo de adiestrar sus mentes y a liberarse a sí mismos de las pasiones y de la ilusión”. La experiencia y el contacto con de esas tradiciones asiáticas favoreció para Merton un nuevo aprendizaje: que en la apertura dialogal se asienta la maravillosa oportunidad de aprender sobre las potencialidades de la propia tradición cristiana.

Teresa en sus escritos nos deja un legado: la íntima conexión entre el amor espiritual y el amor humano. No se trata, en ningún caso, de caminos separados, como si hubiese dos vías paralelas y desvinculadas. No, dice Teresa con toda convicción, la experiencia de Dios pasa por el camino de los otros y de las obras. Insiste en ese punto: “Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras” (VII M, 4, 6). Amor a Dios y amor al prójimo, es lo que pide el Señor, dice Teresa con serenidad ejemplar. Nada más lejos de la auténtica vida espiritual que permanecer “encapotado” en la oración. Señala a sus compañeras: “Que no, hermanas, que no; obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes porque ella lo coma” (V M 3, 11).

3. 2. Sentimiento de plenitud y de unión con el mundo y con Dios a partir de la vivencia mística

La mística de Teresa está puntuada por la dinámica del despojamiento y de la gratuidad. Sin esta clave resulta difícil entender y penetrar en la morada de su vida espiritual. Y el camino para trabajar esa gratuidad pasa por la

oración. Ella es ese “trato de amistad con Dios” que va puliendo al sujeto, desplazando de sí mismo el centro de referencia fundamental y favoreciendo la dinámica de una transparencia y disponibilidad que marcan el núcleo de la espiritualidad. En sintonía con Agustín, Teresa insiste en decir que “todo viene de Dios” y que es él, con sus ardidés, quien posibilita esa introducción del sujeto en el centro de la Morada (V M, 1, 11-12). La presencia junto al Misterio, cuanto menos se piensa y más se contempla, suscita la unificación de la vida, que ahora desempeña de nuevo el sujeto en el tiempo para un nuevo acuerdo con él. Es el momento de la irradiación en las obras, cuando cesa la dicotomía entre oración y acción. Como dice con acierto Teresa en *Camino de Perfección*, “Marta y María caminan juntas” (CP 31, 5).

Las *Moradas* de Teresa revelan el momento de su madurez espiritual, integrando la tríada esencial de su perspectiva mística junto con los libros *Vida* y *Camino de Perfección*. Es la obra de Teresa que resume magistralmente su teología espiritual. Allí están presentes los pasos esenciales del camino de acceso al Misterio de Dios, y que revelan también el misterio de lo humano. Son siete pasos o siete moradas que trazan el itinerario del ser humano hacia lo más íntimo de su ser, donde habita el hogar de donde irradian las más ricas fragancias del Misterio que al mismo tiempo nos envuelve y se nos escapa. Allí, en lo más profundo de nosotros mismos, ocurre lo que hay de más delicado y gratuito en la vida del ser humano. Los pasos descritos son también, en realidad, los pasos fundamentales de dilatación del corazón para que pueda acoger el Misterio del Otro.

En lo que me atrevería a llamar el pensamiento de Thomas Merton sobre la mística, o sobre el desarrollo y finalidad de la vida espiritual, es de gran importancia su reflexión sobre el yo falso y el yo real: el yo que se va abriendo camino entre engaños hasta donde mora la verdad de sí mismo.

En uno de sus libros más ricos, por la variedad de temas tratados, Merton expone la teoría del “point vierge” –“punto virgen”-¹⁵. Al final de su vida, vivió una intensa experiencia espiritual de atención y escucha de la naturaleza. Al momento singular lo denominó “trabajo de celda”, cuyo objetivo principal era evitar que los sonidos del tiempo, que la voz de su presencia en la naturaleza se pudiesen dispersar. Su contacto más íntimo con todo lo que allí vivió le capacitó para percibir la presencia de un

¹⁵ *Conjeturas de un espectador culpable*, Santander, Sal Terrae, 2011.

“punto ciego y suave”, que es también un punto que habita lo más íntimo del ser humano.

Se puede observar en la naturaleza en los primeros momentos de la mañana, con los primeros gorjeos de los pájaros, desvelando la pureza virginal de la aurora. En un cielo “aun sin luz auténtica”, cuando la noche se va despidiendo lentamente para acoger la mañana, se puede vivenciar ese tiempo noble: “Es un momento de respeto e inocencia inexpresable, cuando el Padre les abre los ojos en perfecto silencio”; y también la ocasión más maravillosa del día, “cuando la creación, en su inocencia, pide permiso para *existir* una vez más”. Es un momento que guarda un “secreto inefable”, que exhala la presencia del Misterio e indica el rasgo más noble que habita lo más íntimo de cada uno de nosotros.

También, en el centro de lo humano, dice Merton, existe un “punto virgen”, un punto vacío, de “absoluta pobreza”, intocado aun por cualquier dinámica de maldad o ilusión. Se trata de un punto-chispa de “pura verdad”, que “pertenece enteramente a Dios”. Merton quiso indicar con él el camino esencial perseguido por la experiencia mística: acceder nuevamente, a través de la humildad y el despojamiento, a ese puntito de nada, que es la razón escondida del ser humano y que proporciona la llave esencial de una alternativa para los caminos de la historia.

Merton relata una experiencia que tuvo en Louisville, en la esquina de las calles Fourth con Walnut, justo en el centro del barrio comercial. Allí, en medio de toda aquella gente se dio cuenta de que su soledad no le pertenecía. Fue despertado súbitamente por la “secreta belleza de sus corazones”, tocado por el punto suave de la profundidad de cada uno. Y conjeturó:

En Louisville, en la esquina de la Cuarta y Walnut, en medio del barrio comercial, de repente me abrumó darme cuenta de que amaba a toda esa gente, de que todos eran míos y yo de ellos, de que no podíamos ser extraños unos a otros aunque nos desconociéramos por completo...

Entonces fue como si de repente viera la secreta belleza de sus corazones, las profundidades de sus corazones donde no puede llegar ni el pecado ni el deseo ni el conocimiento de sí mismo, el núcleo de su realidad, la persona que es cada cual a los ojos de Dios. ¡Si por lo menos todos ellos se pudieran ver como son realmente! ¡Si por lo menos nos viéramos unos a otros así todo el tiempo! No habría más guerra, ni más odio, ni más crueldad, ni más codicia....¹⁶

¹⁶ *Conjeturas de un espectador culpable*, pp. 190-191. *Diarios, 1939-1960*, p. 124, 19 de marzo de 1958.

Este texto, más amplio en el original, bien puede considerarse un resumen de la idea de Merton sobre la soledad y la vida del monje, su misión en el mundo, la idea de un yo universal y solidario, la mirada compasiva sobre el mundo, la exaltación de la propia dignidad humana, la vocación universal al encuentro de todo hombre con el misterio de su ser más íntimo en Dios... en fin, ¿puede pedírsele otro objetivo distinto a la mística? Lo que Merton descubrió en medio de un barrio comercial de una ciudad “pagana” Teresa lo descubrió camino tras camino mientras realizaba sus fundaciones.

Más aún, los grandes místicos nos dicen que «la visión de Dios en Su propia luz» -el contacto directo de la sustancia del alma con lo Absoluto- a cuya portentosa experiencia nos acercamos tanto como lo permite la cualidad de nuestro espíritu; es el preludio, no una nueva revelación del orden eterno, sino a un cambio absoluto, a una vida vívida que brota dentro de nosotros, y a la que ellos a veces llaman la «unión transformadora» o «el nacimiento del Hijo en el alma». Con esto quieren decir que la chispa de materia espiritual, ese magno y especial poder o carácter de la naturaleza humana gracias al cual primero deseamos el contacto con la Realidad, para después tender hacia él y alcanzarlo por fin, se ve, por así decirlo, fertilizada por esta profunda comunión con su origen; se hace fuerte y vigorosa, invade y transmuta la personalidad toda y hace de ella, no la de un «místico soñador», sino la de un activo y apasionado servidor de la Sabiduría Eterna.

3. 3. Los místicos: personas vitales y logradas

Esta doble actividad, esta oscilación entre el descanso y el trabajo, solo esto, dicen, es verdaderamente la vida del hombre: porque solo esto representa a niveles humanos algo de esa vida sencilla y, sin embargo, inagotablemente rica, «siempre activa, aunque siempre en reposo» que encuentran en Dios. Por lo tanto, la contemplación, incluso en su punto más alto, más caro y más íntimo, no es para los místicos un fin en sí misma. Solo será enteramente suya cuando incite a la acción; cuando el doble movimiento del Amor Trascendente, les atraiga hacia Sí a la unidad y la fruición, y emanando de nuevo en actos creativos, se realice en ellos.

3.3.1. Merton y el hombre unificado

Parece oportuno citar aquí dos textos de Thomas Merton que pueden resultar significativos teniendo en cuenta lo dicho y no las “virtualidades” que se le puedan atribuir como escritor, ecumenista, pacifista u otras formas de que se reviste su poliédrica vocación:

Lo primero que tienes que hacer, antes de empezar siquiera a pensar en algo como la contemplación, es tratar de recuperar tu unidad natural básica, reintegrar tu ser -que se halla dividido en compartimentos-, en un todo sencillo y coordinado, y aprender a vivir como una persona humana unificada. Eso significa que tienes que recoger de nuevo los fragmentos de tu distraída existencia para que cuando digas “yo” realmente haya alguien presente que sostenga al pronombre que has pronunciado”.¹⁷

Merton describe cómo es esta persona unificada:

Lo que queda es un hombre arraigado y aprisionado en su puro ser, que discierne hábilmente lo bueno de lo malo, el yo del no-yo, la pureza de la impureza. Es, sí, un maestro del conocimiento espiritual... Esto es, que ama con una pureza y una libertad que emanan directa y espontáneamente del hecho de que ha recuperado plenamente la semejanza divina, perdido ahora en Dios y convertido en su yo verdadero y total. Es uno con Dios y con Él se identifica, por lo cual nada sabe de ego alguno que habite dentro de sí. Sólo sabe del amor. Como dice san Bernardo: “Aquel que ama de esta forma, simplemente ama, y nada conoce fuera del amor -*qui amat, amat et aliud novit nihil*-”.¹⁸

El hombre que ha logrado la integración final ya no se halla limitado por la cultura en la que ha crecido. Ha abrazado la ‘totalidad de la vida’... Ha experimentado... la existencia humana ordinaria, la vida intelectual, la creación artística, el amor humano, la vida religiosa. Trasciende todas esas formas limitadas, al tiempo que retiene todo lo mejor y lo universal que hay en ellas... No solamente acepta a su propia comunidad, a su propia sociedad, a sus amigos, a su cultura, sino a toda la humanidad. No permanece atado a una serie limitada de valores de manera tal que los opone a otros adoptando posturas agresivas o defensivas. Es totalmente ‘católico’ en la mejor acepción de la palabra. Posee una visión y una experiencia unificadas de la única verdad que resplandece en todas sus diferentes manifestaciones, unas más claras que otras... No establece oposición entre todas estas visiones parciales, sino que las unifica en una dialéctica o en una visión interior de complementariedad. Con esta

¹⁷ THOMAS MERTON, *La experiencia interna. Notas sobre la contemplación*, en CISTERCIUM L, nº 212 (1998) 785-971.

¹⁸ Cf. THOMAS MERTON, *El zen y los pájaros del deseo*, Ed. Kairós, Barcelona 1972, p. 162.

visión de la vida, puede aportar perspectiva, libertad y espontaneidad a la vida de los demás.¹⁹

3.3.2. Teresa y los símbolos del hombre “armonizado”

Teresa no carece de una antropología mística; pero, a decir verdad, la desarrolla poco en sus escritos. La propuesta antropológica de Teresa de Jesús se realiza como una propuesta ética, estética y pedagógica.

Propone como medios de humanización el conocimiento propio, el desasimiento, la oración vocal y mental, disciplina. Ejercicios de actitudes, ante todo. Educación y aprendizaje que imponen rupturas necesarias para hacer al hombre unificado y “armonizado”: recogimiento, quietud, cautelas, mediaciones sacramentales, diálogos o discernimientos y fuertes determinaciones indispensables.

Ya en la fase mística analiza la realización del hombre en comunión con Dios: éxtasis, trances, arrobamiento, nuevos sentidos espirituales y potencias (ver, oír, gustar, oler, sentir), es decir, visiones, hablas, sentimientos, toques, vuelos, heridas y virtudes infusas, dones y carismas, con apropiación de una nueva habilidad estética: “gozo”, “regalo”, “deleite” y “contento”, “pena”; y con descubrimiento de nuevas “regiones” de lo humano: abismo, hondón del alma (M 7,1,7;6, 11,2; 7,3,14; 4,2,6; 7, 2,3), centro (M 7,2,3.10; 6,4, 6-8), entrañas del alma (M 6,2,4.6-8), los tuétanos (M 5, 1,6; Conc 4,2), la “cámara real” (M 6,4,8; 7,2,9), la morada del centro, “el aposento del cielo empíreo que debemos tener en lo interior” (M 6,4,8; cf. 7,2,9), “lo superior de la voluntad” (R 29, 1), “el tabernáculo de Dios”.

Según Teresa el hombre ha nacido de la misericordia y esta le envuelve, pero está situado en campo de nadie, en el pecado y en la gracia, afectado de carne (“ruindad”, “miseria”), infectado de mundo y de pecado social (“honra” y “codicia”), hecho de tiempo y herido de muerte. Pero a su vez puede vivir todas estas determinaciones existenciales y trascendentales, bajo el efecto de una determinación existencial más poderosa: el encuentro con Cristo. La condición religada, corporal y mundanal, cultural y social, espiritual y personal, temporal y mortal del hombre ha sido padecida y resuelta por Teresa en su propio drama vital. Su mejor obra ha sido construir su persona en estas condiciones humanas

¹⁹ THOMAS MERTON, *Cuestiones discutidas*, “Para una filosofía de la soledad”, trad., de Josefina Martínez Alinari, EDHASA., Barcelona-Buenos Aires 1962.

convertida a Cristo de modo singular. Vivir humana y femeninamente con tal grandeza y verdad, aventurando todo por su amor y su proyecto de vida.

A lo largo de sus escritos Teresa observa y analiza estas condiciones trascendentales del hombre en su plano prioritariamente religioso, desde luego, con su genio y sensibilidad afectados por la condición femenina, familiar, cristiana y carmelitana. Analizar la vivencia de la labilidad humana (“ruindad”, “majestad” y “señorío”) del tiempo (“todo se pasa”, “para siempre siempre”), de la escisión que nos habita y deshace en tensión (deseos y alcances), de la muerte con su riesgo y ventura (V 38,5; M 7,3,7), *Vivo sin vivir en mí*; V. 29,8, R 1,3, etc.), de la condición espiritual en fin del hombre, vale decir abierta a la trascendencia.

Esta visión antropológica de Teresa no quedaría completa si no recurrimos a su simbología sobre el ser humano, que no hacemos sino apuntar: 1. El hombre es un jardín (V11-21); el hombre es un castillo (M passim); el hombre es gusano y crisálida (M 5); el hombre es un camino (Camino de Perfección); el hombre es una esposa y un amigo (Concep passim). El hombre vive cuidado por otro, encomendado, ofrecido, entregado, buscado. Administra dones encargados y su honor y su estima los posee en precario.

CONCLUSIÓN

Posiblemente hubiera sido más provechoso haber elegida una serie de temas dentro de la espiritualidad de Teresa y Merton y haberlos puesto “en paralelo”, para ver similitudes y diferencias. También posiblemente la exposición hubiera quedado más rica “doctrinalmente” y se podrían haber citado más textos de los extraordinariamente ricos de ambos autores. Pero quizá nos hubiéramos perdido la frescura que da el contacto personal, no con las ideas, sino con la persona en sí, contemplándola en su devenir vital, viendo como se va abriendo camino poco a poco en medio de la fragilidad de la vida y la labilidad del tiempo.

Solo hemos pretendido establecer un paralelo vital que vaya más allá de lo meramente textual o anecdótico.

Cuando Merton y Teresa hablan del Eterno y Absoluto, en el cual se inscribe el mundo de las cosas del mismo modo que un árbol se afianza en la tierra que lo sostiene o respira el aire que lo rodea, tienen conciencia de estar, de vivir en Él. En Él, por fin, están la roca y el refugio de la conciencia buscadora y cansada del incesante proceso del flujo. En él, ese

flujo existe en su totalidad, «todo de una vez», de un modo que nunca podremos comprender, pero que en los momentos de recogimiento podremos a veces gustar y sentir. Es en los momentos de contacto del hombre con esto cuando penetra más allá de cualquier imagen, por bella y significativa que sea, a esa inefable conciencia que los místicos llaman «Contemplación Desnuda» -dado que se ha despojado de todo el ropaje con el que la razón y la imaginación envuelven y disfrazan a la vez a nuestros dioses y demonios- de que el hambre y la sed del corazón son satisfechos y recibimos realmente una confirmación de la Realidad última. Esta confirmación no es la fría conclusión de un argumento inteligente. Es más bien la captación, al fin, de Algo que siempre hemos sentido a nuestro lado e invitándonos: la, por totalmente inclusiva, inefablemente simple, solución a todos los enigmas de la vida.

Permítanme acabar con unas palabras, oración, de Merton:

Es mi tarea ver y hablar para muchos aun cuando parezca que estoy hablando para mí mismo (...) en todo caso, lo que cuenta no es vivir o morir, sino decir Tu nombre con confianza en esta luz, en este lugar. Estar aquí con el silencio de la filiación en mi corazón, es ser un centro en que todas las cosas convergen en Ti. Por eso, Padre, te pido que me conserves en este silencio para que aprenda en él la palabra de tu paz y amor dicha al mundo: y que a través de mí quizá tu palabra de paz se deje oír donde durante mucho tiempo no ha sido posible que nadie la oyera²⁰.

Desearíamos que esta tarea a la que alude Merton no fuera solo de quien ha confeccionado estas líneas. La lectura de las obras de Merton y el compromiso con los ideales que le cautivaron, deben ser tarea de todos, especialmente de las generaciones jóvenes, actuales y futuras, que se enfrentan a un mundo que necesita valores y compromisos en profundidad.

Se ha dicho varias veces a lo largo de estas páginas: es la vida misma y su compromiso con ella lo que lleva a una existencia unificada, vívida, completa, satisfecha con la inmensa vocación de haber nacido personas y estar llamados a un progresivo desarrollo en el amor universal.

Francisco Rafael de Pascual, oco
Ávila, 23 de septiembre de 2015.

²⁰ THOMAS MERTON, *Conjeturas de un espectador culpable*, p. 166.

Final de *La montaña de los siete círculos*

“El viaje de Thomas Merton siguió un recorrido desde una multiplicidad de palabras hasta la Palabra y desde ella otra vez a las palabras; desde la sociedad a la soledad y de nuevo a la sociedad; desde la conversación hasta la conversión y de vuelta a la conversación; desde la comunicación hasta la comunión y de retorno a la comunicación. Tanto en el progreso histórico como en el regreso ontológico las palabras sirven para mediar en la construcción social del sentido del mundo”.

Al final de su obra *La montaña de los siete círculos* escribió unas palabras que bien pueden considerarse su testamento espiritual, el viaje cumplido, las esperanzas realizadas, los propósitos cumplidos, la oración de su vida:

No dramatizo mi problema. No digo: Me lo has pedido todo y he renunciado a todo. Porque ya no deseo ver nada que implique una separación entre Tú y yo; y si me detengo a considerarme a mí y a Ti como si hubiese pasado algo entre los dos, de mí a Ti, veré inevitablemente la brecha entre nosotros y recordaré la distancia entre nosotros.

¡Dios mío, esa brecha y esa distancia son las cosas que me matan!

Ésa es la única razón de mi deseo de soledad... de estar perdido para todas las cosas creadas, de morir para ellas y para el conocimiento de ellas, pues me recuerdan mi distancia de Ti. Me dicen algo de Ti: que estás lejos de ellas, aun cuando estás en ellas.

Las has hecho y Tu presencia mantiene su ser, y Te ocultan de mí. Y yo quisiera vivir solo y fuera de ellas. *O beata solitudo!*

Pues yo sabía que solo abandonándolas podía venir a Ti; y por eso he sido tan infeliz cuando parecía que Tú me condenabas a permanecer entre ellas. Ahora mi pesar ha terminado y mi gozo está a punto de empezar: el gozo que se recrea en los dolores más profundos. Pues empiezo a entender. Me has enseñado, me has consolado, he empezado de nuevo a tener esperanza de aprender.

Te oigo que me dices:

Te daré lo que desees. Te llevaré a la soledad. Te guiaré por el camino que no puedes en modo alguno comprender, porque quiero que sea el camino más corto.

Por consiguiente todas las cosas de tu alrededor se armarán contra ti, para negarte, para dañarte, para darte dolor, y por ende reducirte a la soledad.

A causa de su enemistad, pronto quedarás solo. Te echarán, te abandonarán, te rechazarán y quedarás solo. Todo lo que te toque te quemará, y apartarás tu mano con dolor, hasta que te hayas alejado de todas las cosas. Entonces estarás completamente solo.

Todo lo que puede desearse te abrasará y te marcará con un cauterio y huirás de él con dolor, para estar solo. Todo goce creado vendrá a ti como dolor, y morirás

para todo goce y quedarás solo. Todas las cosas buenas que los otros aman y desean y buscan vendrán a ti, pero solo como asesinos, para arrancarte del mundo y sus afanes.

Serás ensalzado, y será como arder en la pira. Serás amado, y te matará el corazón y te llevará al desierto.

Tendrás dones, y te abrumarán con su peso. Tendrás placeres en la oración, y te enfermarán y huirás de ellos.

Y cuando hayas sido ensalzado un poco y amado un poco. Yo te quitaré todos tus dones y todo tu amor y toda tu vanagloria y quedarás completamente olvidado y abandonado y no serás nada, una cosa muerta, un desecho. Y en ese día empezarás a poseer la soledad que tanto tiempo has anhelado. Y tu soledad producirá inmenso fruto en las almas de hombres que no conocerás nunca en la tierra.

No preguntes cuándo será o dónde será o cómo será. En una montaña o en una prisión, en un desierto o en un campo de concentración o en un hospital o en Gethsemani. No importa. Por tanto, no me lo preguntes, porque no te lo diré. No lo sabrás hasta que estés en ella.

Pero gustarás la verdadera soledad de mi angustia y mi pobreza y te conduciré a las cimas más altas de mi gozo y morirás en Mí y encontrarás todas las cosas en mi misericordia que te ha creado para este fin y te ha llevado desde Prades a Bermuda, a Saint Antonin, a Oakham, a Londres, a Cambrige, a Roma, Nueva York, Columbia, a Corpus Christi, a San Buenaventura, a la abadía cisterciense de los pobres que trabajan en Gethsemani: para que seas el hermano de Dios y aprendas a conocer al Cristo de los hombres abrasados.

Esta página merece ser considerada como excepcional entre los escritos de mística cristiana, porque no solo es un resumen de su vida, sino de todas las vidas que buscan a Dios y se buscan a sí mismas en Él. Aquí Merton aparece reconciliado al fin consigo mismo y con un Dios con quien, como Jacob, luchó interminables noches hasta quedar herido y llevar esta marca en su propia carne durante toda su vida.